

POLEMICA

La lucha contra el Todo

En el número anterior publicamos un trabajo de Ignacio Sotelo sobre el libro "Panfleto contra el Todo", de Fernando Savater.

A continuación ofrecemos la respuesta de éste al trabajo de Sotelo.

FERNANDO SAVATER

DEBO, en primer término, agradecer a Ignacio Sotelo la atención crítica que presta a mi "panfleto", pues un texto como éste, cuya única justificación es despertar un eco polémico y pasablemente escandaloso, dormitaba en un silencio roto por poco más que alusiones corteses. Vivimos épocas de consenso, es cosa sabida, pero aun así me dolía tan benevolente indiferencia: ¿será posible que nadie me llame fascista después de lo que he escrito?, me decía a mí mismo, acongojado; ¿seré ya una institución tan respetable de la *new left* o un *nouveau philosophe* tan conspicuamente despreciable como para que nadie se molestara siquiera en señalar mis claras concomitancias con Falange Auténtica o apuntar que Fraga dice lo mismo que yo y además lleva la bandera por tirantes? Afortunadamente, Ignacio Sotelo se ha decidido a lanzar la primera piedra y me ha librado de la peor maldición que puede aquejar a un panfletero y que él no señala en su, por otra parte muy correcta, descripción de lo que un panfleto sea: la de no despertar en los lectores más que aprobación o indiferencia.

Lo malo es que Sotelo ha visto la cosa tan clara en seguida —a este chico ya le veo yo por dónde va— que se ha perdido algunas de las modestas gracias que mi panfleto pudiera tener. Savater es nietzscheano, luego ya tenemos aquí la contraposición Nietzsche contra Marx; Savater es anarquista, luego cree que todos los Estados son totalitarios, como piensan también por su lado, pero con otras conclusiones, los fascistas como Carl Schmitt... Y, sin embargo, a lo mejor yo no soy tantas cosas como cree Ignacio Sotelo o las soy a ratos solamente, no, por ejemplo, cuando escribí este panfleto. ¿Contraponer yo a Nietzsche y a Marx? ¡Pero, por favor, si este panfleto es tan marxista que casi me da vergüenza enseñarlo a los amigos! ¡Si las falacias de la Igualdad, el Bien Común, la Justicia o la Opinión Pública, por no decir ya la del Individuo, deben más a Marx que a Nietzsche! ¡Si Marx es el mejor denostador que ha habido de la política de "buenos sentimientos" y quien más claramente señaló que todas las revoluciones hasta la fecha —hasta su fecha y hasta la nuestra— no han hecho más que reforzar la máquina gubernamental en lugar de romperla! No, amigo Sotelo, el "enemigo" no es en este panfleto Marx, sino Hegel y Rous-

seau, el traidor a la Ilustración; lo que ocurre es que hay muchísimo Hegel y mucho Rousseau en Marx —y en Nietzsche!— y esos elementos han prevalecido en el "corpus" dogmático marxista sobre los inapreciables e inolvidables instrumentos críticos que Marx proporcionó contra los dos grandes ingenieros del Todo social. Ser marxista me parece perfectamente absurdo —como ser nietzscheano, claro—, pero renunciar a las armas que Marx brinda contra el Estado me parece suicida. Por decirlo con las mismas palabras de Ignacio Sotelo: hay en Marx un "anarquismo implícito" que puede utilizarse contra el "totalitarismo leninista" y contra todo proyecto de comunismo autoritario como el que el propio Marx propugnó. Pero lo que demuestra la categoría teórica de Marx es que nunca se le habría ocurrido elaborar una *teoría socialista del Estado* porque, para él, el Estado moderno no podía ser más que burgués y capitalista, y él era perfectamente consciente de las falacias que encierra tal Estado —en eso, como Nietzsche— y no quería conservar todas esas falacias bajo el rótulo "socialismo", sino salir de algún modo de ellas. Aquí me temo que Ignacio Sotelo discrepa más de Marx que yo.

Dice luego Sotelo que para mí, como para cualquier anarquista que se precie, todo Estado es totalitario, reconviniéndome por ello, ya que "el no distinguir entre el Estado totalitario y el Estado democrático lleva ya en su seno el morbo del totalitarismo". Y saca a colación a Carl Schmitt, de quien me reputa discípulo *malgré moi*, su Estado Total y su dictamen de que todas las categorías políticas modernas son conceptos teológicos secularizados. No voy a negar que el lúcido cinismo de Schmitt me parece mucho más ilustrativo sobre la verdad del Estado moderno que las mogigangas blemensantes de los propugnadores del "Estado social" y que los nexos que traza entre conceptos teológicos y políticos me parecen irrefutables. Pero afirmar que los Estados democráticos también son totalitarios, así sin más, me parece una pura incorrección en el uso de las categorías políticas convencionales, incorrección que procuro evitar mientras puedo. Lo que yo digo en el panfleto es que la vocación totalizadora del Estado, que nace con la institución misma del poder separado, se ha ido incrementando

progresivamente a partir de la Edad Media; que la desaparición de las legitimaciones tradicionales —exteriores— del Orden lleva a una interiorización de la legitimación que es más omnicompreensiva y total que la tradicional; que esta legitimación inmanente alcanza en Hegel su punto más sólido, teóricamente hablando, pero también el comienzo de una inflexión crítica que se desarrolla a partir de él entre los "pensadores de la sospecha" (Marx, Nietzsche, Freud) y se refuerza con la propia conflictividad de la sociedad industrial; que el Estado totalitario trata por medios violentos de recuperar la legitimación perdida —exterior— de la sociedad tradicional, mientras que el Estado democrático pretende todavía mantenerse fiel a la legitimación inmanente, interiorizada o, si se prefiere, *racional*; que, dado que el Estado necesita continuar su incremento de totalización y que la contradicción de la legitimación inmanente es inocultable, es bien posible que las llamadas democracias vayan recurriendo más y más a la solución violenta totalitaria, tendencia de la que no faltan ejemplos. Así puestas las cosas, no sé si esto es tan "anarquista" como debiera corresponderme según Sotelo; pero esto es lo que digo y esto es lo que hay que discutir-

En el panfleto de Fernando Savater, el "enemigo" no es —según el autor— Marx, sino Hegel y Rousseau. Bajo estas líneas, Hegel.





Rousseau leyendo un manuscrito, ilustración de las "Confesiones", edición de 1793.

me. Ignacio Sotelo refuta con una banalidad socialdemócrata una banalidad pseudoanarquista, pero no dice ni una palabra de mi verdadera argumentación, como tampoco tiene nada que decir sobre las falacias que señalo, salvo deplorar la inexistencia de la correspondiente a la de la libertad que, sin embargo, en forma de contraposición del tema libertad/seguridad y con referencia a La Boétie, se trata suficientemente en el capítulo segundo del panfleto. Su silencio me supone un inmerecido elogio, porque estoy cierto de que no faltan argumentos en mi contra...

Por otro lado, Ignacio Sotelo tiene sus fichas un tanto atrasadas. Por ejemplo, al señalar a Carl Schmitt como inspiración directa de mi afirmación del monismo teológico o filosófico como condiciones configuradoras del Estado moderno, cuando la relación entre monoteísmo y Estado es un punto estudiado actualmente por los principales antropólogos que se ocupan del origen del Estado, desde Hocart hasta Service. O cuando afirma que el lector del panfleto se queda "sin saber qué o quién es el Todo", aunque para ayudar al desconcertado lego señala que el lenguaje en que hablo de él "nos es conocido: proviene de la metafísica tradicional que en Occidente sostiene la teología".

Para empezar, la metafísica tradicional de Occidente no sostiene la teología, sino que funda la racionalidad. El Todo de que hablo tiene, como cualquier verdadero concepto, raigambre metafísica, desde el "in omnibus partibus relucet totum" de Leibniz, hasta la totalidad hegeliana, considerada ésta más como el conjunto del sistema que como la relación esencial del Todo con las partes estudiadas al tratar del fenómeno en la "Ciencia de la lógica". Pero también es una categoría sociológicamente definida y estudiada por Durkheim en un ensayo específico. El Todo no es un "qué" o un "quién", sino un "cómo": la aspiración de dotar al conjunto social de una identidad precisa y separada, de convertirla en signifiante privilegiado de la ley y de establecer la realidad de cada individuo o fuerza por relación de participación con él. Al Todo no se lo encuentra uno con corbata por la calle, sino en las teorías que sustentan esas "grandes mayúsculas" que a mí me gusta poner para subrayar la hipóstasis teológica que las subyace y de la cual la filosofía analítica sabe tanto como de lo demás. De modo que lamento ser menos "luciferino" de lo que, generosamente, Sotelo me supone: la lucha contra el Todo es la crítica de una categoría dogmática de la razón política occidental, no aquel pulso que

se echaron hasta el alba Jacob y el ángel ante el ojo de Dios.

Y vamos con mi fascismo más o menos irredento. Como carezco de cualquier veleidad de izquierdismo y del menor atisbo de mala conciencia política, me da lo mismo que se me considere fascista, anarquista o marciano: son calificativos que muestran un problema del otro, no mío. Ahora bien, no veo por qué el uso de la palabra "aventura" o "riesgo", de la expresión "más allá de la Historia y de la ética" o de esa otra tan bonita de "decisión creadora", tienen que quedar como más monopolizadas por el fascismo que el "Trabajador" y su mitología (tan cara al nazismo de Ernst Jünger y Heidegger), la Defensa del Orden contra los Destabilizadores del Estado o la Sagrada Unidad de la Patria, que hoy tienen en nuestro Parlamento y en nuestra izquierda abogados por encima de toda sospecha. Incluso diría que si Sotelo entiende por fascismo la violenta defensa a ultranza del tipo de sociedad existente y su indefinida reproducción, no espere reconocer a los fascistas de hoy por sus citas de Nietzsche, sino por su razonable apelación a instancias humanitarias, justicieras, igualitarias y populistas y por su denuncia "de todo extremismo". Si los fascistas de ayer tenían separadas sus utopías de sus elementos reaccionarios, esa ventaja les llevan a quienes hoy han convertido la reacción misma en utopía, como esos socialdemócratas de las pequeñas virtudes y las grandes canalladas que todos conocemos. No finjo confiar en una revolución del Todo hecha por todos, pero que encarnará en unos administradores del Estado con el debido punto de vista "universal y necesario". Tampoco creo que de la pura carencia y desposesión pueda surgir nada mucho más elevado —aunque sea bastante ya— que la pura exigencia de mejor reparto de lo mismo. En cambio, creo que grupos o individuos obligados por el poder separado a vivir por debajo de lo que su efectivo potencial de creatividad y gozo podría permitirles —éstos son mis "fuertes" y mis "libres"—, gente con superávit obligados a vivir en déficit, víctimas de la Normalidad y de la Madurez en lo sexual o lo mental, del Sindicalismo y la Productividad en la fábrica, de la Unidad Fundamental e Indisoluble del Estado en lo político, de la Seguridad en su libertad, de la Planificación en su imaginación, etcétera, creo que éstos seguirán alzándose, y no para hacerse con el Poder y reproducir el Todo a su imagen y semejanza, sino para sustraer cada vez mayores áreas de su vida al control del Poder separado. Creo que estos buscadores de la diferencia y la espontánea diversidad vital verán como su mayor enemigo al Capital/Estado, cosificación de lo universal y necesario, y de este modo serán universales en su negatividad y parciales y concretos en sus postulados positivos. Y ese "creo" que manejo es lo que llamo "decisión creadora". Nietzsche me asista, y que me perdonen Carl Schmitt y don Ignacio Sotelo. ■